

El Plan Maestro de La Evangelización

RESUMEN

Robert E. Coleman

RESUMEN |

El Plan Maestro de La Evangelización

Por Robert E. Coleman

Capítulo 1

Selección

“Escogió a doce de ellos” (Lucas 6:13)

Los hombres fueron su método

Todo empezó con Jesús llamando a unos pocos hombres a seguirle. Esto reveló inmediatamente la dirección que su estrategia evangelística iba a tomar. Su preocupación no eran los programas para alcanzar las multitudes, sino hombres a quienes las multitudes seguirán. Digno de notar es el hecho de que Jesús comenzó a reunir a estos hombres antes de organizar una campaña evangelística o antes de predicar un sermón en público. Los hombres serían su método para ganar al mundo para Dios. El objetivo principal del plan de Jesús era el enlistar hombres quienes pudieran dar testimonio de su vida, y continuar su obra luego que Él retornara al Padre. Juan y Andrés fueron los primeros en ser invitados al dejar Jesús la escena del gran avivamiento de Juan el Bautista en Betania, al otro lado del Jordán (Juan 1:35-40). Andrés por su parte trajo a su hermano Pedro (Juan 1:41,42). Al día siguiente Jesús encontró a Felipe caminó a Galilea y Felipe encontró a Natanael (Juan 1:43-51). No hay evidencia de apresuramiento en la selección de estos discípulos, sólo determinación. Santiago, el hermano de Juan, no es mencionado como uno del grupo sino hasta que los cuatro pescadores son llamados de nuevo varios meses después, junto al lago de Galilea (Marcos 1:19; Mateo 4:21). Poco tiempo después, Mateo es llamado para seguir al Maestro mientras pasaba Jesús por Capernaum (Marcos 2:13,14; Mateo 9:9; Lucas 5:27,28). Los detalles concernientes al llamado de los otros discípulos no son registrados en los Evangelios, pero se cree que todos ocurrieron en el primer año de ministerio del Señor. Como

uno podía esperar, estos primeros esfuerzos en ganar almas tuvieron poco o ningún efecto inmediato sobre la vida religiosa de su día, pero eso no importaba mucho. Según vino a ser, estos primeros pocos convertidos del Señor fueron destinados a ser líderes de su iglesia, la cual iría con el evangelio a todo el mundo, y desde al punto de vista de su propósito fundamental, el significado de sus vidas se sentiría por toda la eternidad. Y eso es lo único que cuenta.

Hombres deseosos de aprender

Lo que más nos intriga acerca de estos hombres es que a primera vista no nos impresionan como hombres claves. Ninguno ocupaba lugares prominentes en la sinagoga, y ninguno pertenecía al sacerdocio levítico. En su mayoría eran obreros comunes, probablemente sin entrenamiento profesional más allá de los rudimentos del conocimiento necesario de sus vocaciones. Tal vez algunos de ellos procedían de familias con considerables recursos, tal como los hijos de Zebedeo, pero ninguno de ellos podía ser considerado como rico. No poseían títulos académicos en las artes y filosofías de su época. Al igual que su Maestro, su educación formal muy probablemente consistió sólo de las escuelas de las sinagogas. La mayoría de ellos creció en la sección pobre del país, alrededor de Galilea.

Uno se pregunta como podría Jesús usarlos. Ellos eran impulsivos, temperamentales, se ofendían fácilmente, y tenían todos los prejuicios del ambiente a su alrededor. Estos hombres seleccionados por el Señor para ser sus asistentes representaban lo más común de la sociedad de su época. No eran el tipo de gente del cual uno esperaría que ganasen el mundo para Cristo. Jesús vio estos hombres sencillos el potencial de liderazgo para el reino. Eran en verdad "sin letras y del vulgo" de acuerdo al estándar de este mundo (Hechos 4:13), pero ellos estaban deseosos de aprender. Aunque con frecuencia errados en sus apreciaciones y lentos para comprender las cosas espirituales, eran hombres

honestos, siempre listos a confesar su necesidad. Sus manierismos pueden haber sido torpes y sus habilidades limitadas, pero con la excepción del traidor, todos tenían un gran corazón. Estos hombres estaban buscando a alguien que les guiara en el camino de la salvación. Tales hombres, dóciles en las manos del Maestro, podrían ser moldeados para reflejar una nueva imagen- Jesús puede usar a cualquiera que quiere ser usado.

Concentrado en unos pocos

El mundo no puede ser transformado a menos que individuos sean transformados, y los individuos no pueden ser cambiados excepto en la medida en que son moldeados en los manos del Maestro. La necesidad es clara no sólo de seleccionar unos pocos ayudantes, sino también de mantener el grupo de lo suficientemente pequeño para poder trabajar efectivamente con ellos. Jesús "llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles." (Lucas 6:13-17; ver Marcos 3:13-19). Es claro que Jesús tenía la intención de dar a estos hombres privilegios y responsabilidades únicas en la obra del reino. Esto no significaba que la decisión de Jesús de tener doce apóstoles esculpía a otros a seguirle. Los setenta (Lucas 10:1); Marcos, el escritor del Evangelio; Santiago, su propio hermano (I Corintios 15:7; Gálatas 2:9,12; ver Juan 2:12 y 7:2-10)- La misma regla puede ser aplicada al contrario, pues dentro del selecto grupo apostólico Pedro, Santiago y Juan parecían disfrutar de una relación más especial con el Maestro que la de los otros nueve. Sólo estos pocos privilegiados son invitados al cuarto de la enferma hija de Jairo (Marcos 5:37; Lucas 8:51); sólo ellos van con el Maestro y presencian su gloria en el Monte de la Transfiguración (Marcos 9:2; Mateo 17:1; Lucas 9:28).

El Principio Observado

Mientras más concentrado es el tamaño del grupo que está siendo enseñado, mayor es la oportunidad para una

instrucción efectiva. Jesús dedicó la mayoría del resto de su vida sobre la tierra a estos pocos discípulos. Él arriesgó literalmente todo su ministerio con ellos. No podía permitir que sus discípulos más cercanos perdieran de vista su propósito. Ellos debían entender la verdad y ser santificados por ella (Juan 17:17). Él oró "no por el mundo", sino por los pocos que Dios le había dado "del mundo" (Juan 17:6,9). Todo dependía de la fidelidad de ellos si el mundo iba a creer en Él "por la palabra de ellos" (Juan 17:20).

Sin descuidar las masas

Jesús hizo todo lo que se le puede pedir a un hombre y aun más para alcanzar a las multitudes. Él predicó a las masas que seguían su ministerio de milagros. Él los enseñó. Los alimentó cuando estaban hambrientos. Sanó a los enfermos y echó fuera demonios entre ellos. Bendijo a sus niños. En toda manera posible, Jesús manifestó a las masas humanas una preocupación genuina. Éstas fueron las personas que Él vino a salvar- Él los amó, lloró por ellos y finalmente murió para salvarlos de sus pecados.

Sólo unos pocos parecían entender

Pocas personas fueron convertidas durante el ministerio de Cristo. Tal vez el número total de sus seguidores devotos, al final de su ministerio terrenal, alcanzaba un poco más de quinientos hermanos a quienes Jesús apareció después de su resurrección (I Corintios 15:6), y solo 120 se quedaron esperando en Jerusalén para recibir el bautismo del Espíritu Santo (Hechos 1:15). Aunque este número no es pequeño considerando que su ministerio activo se extendió sólo por un período de tres años, si en este punto uno fuera a medir la efectividad de su evangelismo por el número de sus convertidos. Jesús sin duda no sería considerado entre los evangelistas de masa más productivos de la iglesia.

Su estrategia

Jesús no estaba tratando de impresionar a las masas, sino introducir un reino. Él necesitaba hombres que pudieran guiar a las multitudes. ¿De qué provecho hubiera sido para su propósito fundamental el incitar a las masas para que le siguieran si esta gente no tendría supervisión posterior o instrucción respecto al Camino? Su única esperanza era la de inspirar líderes mediante su vida quienes lo harían por Él. Se concentró en aquellos que serían el comienzo de tal liderazgo. Aunque hizo lo que pudo para ayudar a las multitudes, tenía que dedicarse primeramente a unos pocos hombres, en vez de a las masas, para que las masas pudieran ser salvas al final. Este era el genio de su estrategia.

El principio aplicado hoy

La mayoría de los esfuerzos evangelísticos de la iglesia comienzan con las multitudes, asumiendo que la iglesia está calificada para preservar lo que se logre. El resultado es nuestro espectacular énfasis en números de convertidos, candidatos para el bautismo, y más miembros para la iglesia, con poca o ninguna preocupación genuina manifestada hacia el establecimiento de estas almas en el amor y poder de Dios, y mucho menos la preservación y continuación de la obra. La primera tarea del liderazgo de una iglesia es el de asegurarse de que el fundamento es colocado al principio, sobre el cual puede ser edificado un efectivo y continuo ministerio evangelístico dirigido a las multitudes. Esto requerirá mayor concentración de tiempo y talento en menos personas en la iglesia, sin ser negligentes respecto a la pasión por el mundo. Significará levantar discipuladores entrenados "para la obra del ministerio" junto con el pastor y su equipo ministerial (Efesios 4:12). Un puñado de gente con esta dedicación, a su tiempo impactarán al mundo para Dios. La victoria nunca es ganada por las multitudes. Todo lo que se hace con los pocos es para la salvación de las multitudes.

Es tiempo de actuar

Pone prioridad en ganar y entrenar a aquellos quienes ya están en posiciones de liderazgo. Entrenemos a unos pocos

de los de abajo para que lleguen a ser los grandes. Cualquiera que está dispuesto a seguir a Cristo puede llegar a ser una gran influencia sobre el mundo. Es necesario ver ahora cómo Jesús entrenó a sus hombres para llevar a cabo su obra.

Capítulo 2

Asociación

“He aquí estoy vosotros todos los días” (Mateo 28:20)

Él estuvo con ellos

Habiendo llamado a sus hombres, Jesús practicó al estar con ellos. Esta era la esencia de su programa de entrenamiento—simplemente dejar que sus discípulos lo siguieran. El conocimiento no era comunicado por el Maestro en términos de leyes y dogmas, sino en la personalidad viviente de aquel que andaba entre ellos. Sus discípulos fueron reconocidos no mediante conformidad externa a ciertos rituales, sino por haber estado con Él y como consecuencia haber participado de su doctrina (Juan 18:19).

Conocer era estar con

Era por virtud de este compañerismo, que a los discípulos se les permitió “conocer los misterios del reino de Dios” (Lucas 8:10). El conocimiento fue adquirido mediante la asociación antes de ser entendido mediante la explicación. Esta simple metodología fue revelada desde el principio mediante la invitación que Jesús le dio a los hombres que Él quería guiar. Juan y Andrés fueron invitados “venid y ved” el lugar donde Jesús se estaba hospedando (Juan 1:39). El acercamiento a Felipe fue de la misma manera: “Sígueme” (Juan 1:43). Evidentemente impresionado por este simple método, Felipe invitó a Natanael también diciendo “ven y ve” al Maestro (Juan 1:46). Más tarde cuando Santiago, Juan, Pedro, y Andrés fueron hallados remendando sus redes, Jesús usó las mismas palabras conocidas: “Venid en pos de mí”, “y haré que seáis pescadores de hombres” (Marcos 1:17; Mateo 4:19; Lucas 5:10). De la misma manera, Mateo fue llamado de su lugar como cobrador de impuestos con la misma invitación: “Sígueme” (Marcos 2:14; Mateo 9:9; Lucas 5:27).

El principio observado

Al responder a este llamado inicial estos creyentes en efecto se matricularon en la escuela del Maestro, donde su entendimiento podía ser ampliado y su fe establecida. Este principio fue articulado cuando Jesús escogió de entre el grupo a su alrededor a los Doce “para que estuviesen con él” (Marcos 3:14; Lucas 6:13). De hecho, esta designación personal de estar en constante asociación con Él era parte de su ordenación a la comisión tanto como la era su autoridad para evangelizar.

Más cercanos al final del entrenamiento

Él incrementó el tiempo dado a los discípulos escogidos, en vez de reducirlo. Jesús sintió la necesidad de estar a solas con sus discípulos. Cuando oró a solas en Getsemaní sus discípulos estaban tan sólo a distancia “como de un tiro de piedra” (Lucas 22:41). El tiempo que Jesús invirtió en estos pocos discípulos fue inmensamente mayor en comparación con el dado a otros. Él pasó más tiempo con sus discípulos del que pasó con el resto del mundo. Él comió con ellos, durmió con ellos, y habló con ellos durante la mayor parte del tiempo de su ministerio activo.

Requiere tiempo

Tal asociación tan cercana y constante significaba que Jesús prácticamente no tenía tiempo para sí mismo. Como niños clamando por la atención de su padre, los discípulos se encontraban siempre a los pies del Maestro. Él quería estar con ellos. Ellos eran sus hijos espirituales (Marcos 10:24; Juan 13:33; 21:5), y la única forma en que un padre puede levantar una familia es estando con ella.

El fundamento del seguimiento

“Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio” (Juan 15:27). Jesús estaba diciendo que Él había estado entrenando hombres para que

fueran sus testigos después de su partida, y su método era simplemente el estar “con ellos”. Jesús se concentró en estos pocos hombres escogidos, pero también manifestó preocupación por otros de sus seguidores. Por ejemplo: Él fue a la casa de Zaqueo después de su conversión en las calles de Jericó (Lucas 19:7), y pasó más tiempo con él antes de irse de la ciudad. Después de la conversión de la mujer en el pozo de Samaria, Jesús se quedó dos días más en Sicar para instruir a la gente de esa comunidad que “creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio”, y mediante esa asociación personal con Él “creyeron muchos más”, no por el testimonio de la mujer, sino porque oyeron al Maestro mismo (Juan 4:39-42). Todos estos creyentes recibieron atención especial, pero no puede ser comparada a la atención que fue dada a las Doce. Jesús no tenía el tiempo para dar atención constante a esta gente, hombres o mujeres. Él tenía que dedicarse primeramente a la tarea de desarrollar líderes.

La iglesia: lugar de continua comunión

El problema de dar cuidado personal a cada creyente sólo se resuelve mediante un entendimiento completo de la naturaleza y misión de la iglesia. La iglesia era el medio por el cual se daría seguimiento a todos aquellos que siguieron a Jesús. El grupo de creyentes vino a ser el cuerpo de Cristo, y como tal se ministraban unos a los otros individual y colectivamente. Cada miembro de la comunidad de fe tenía una parte que cumplir en este ministerio. Mientras que Jesús estuvo con ellos en la carne Él era el líder, pero después era necesario que los mismos de la iglesia asumieran este liderazgo.

Nuestro problema

El predicar a las masas, aunque necesario, nunca podrá satisfacer la obra de preparar líderes para el evangelismo. El edificar hombres y mujeres no es así de fácil. Al contrario, requiere de constante atención personal, similar a la que el

padre da a sus hijos. Se habla demasiado en la iglesia sobre evangelismo y enseñanza cristiana, pero hay poca preocupación por una asociación personal. Con tal seguimiento casual a los nuevos creyentes, no es de sorprender que alrededor de la mitad de los que hacen profesión y se unen a la iglesia eventualmente se apartan o pierdan el brillo de la experiencia cristiana, y muy pocos crecen en conocimiento y gracia lo suficiente como para dar un servicio real para el reino. Si el nuevo creyente sigue el mismo ejemplo de pereza, al final puede hacer más daño que bien. No hay nada que sustituya el invertir el tiempo con la gente. Si Jesús, el Hijo de Dios, halló necesario el permanecer casi constantemente con sus pocos discípulos por tres años, aun uno de ellos se perdió, ¿cómo puede una iglesia esperar hacer esta obra, trabajando unos pocos días al año? Se debe hallar algún sistema mediante el cual a cada convertido le es asignado un amigo cristiano a quien seguir hasta que él o ella pueda guiar a otro. El consejero debe permanecer con el nuevo creyente el mayor tiempo posible, estudiando la Biblia y orando con él o ella, y a la vez respondiendo preguntas, aclarando la verdad, y juntos buscando ayudar a otros.

Capítulo 3

Consagración

“Llevad mi yugo sobre vosotros” (Mateo 11:29)

Él requirió obediencia

Jesús esperaba que los hombres con quien Él estaba le obedecieran. No les era requerido ser muy inteligentes, pero debían ser leales. Ellos fueron llamados a sus “discípulos”, queriendo decir que eran “aprendices” o “alumnos” del Maestro. Reconocían que Jesús era el Mesías (Juan 1:41,45,49; Lucas 5:8). Todo lo que se les pidió por el momento fue seguir a Jesús. En su invitación inicial estaba claramente un llamado a la fe en la persona de Cristo y obediencia a su Palabra.

El camino de la cruz

Un discípulo de Cristo involucraba mucho más que una aceptación gozosa de la promesa mesiánica: significaba el entregar la vida completa al Maestro en absoluta sumisión a su soberanía. No podían haber otras lealtades. Ningún siervo puede servir a dos señores- dijo Jesús-, porque aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas (Lucas 16:13). Debía haber una completa negación al pecado. La vieja manera de pensar, hábitos, y placeres del mundo debían ser conformados a las nuevas disciplinas del reino de Dios (Mateo 5:1-7; 29; Lucas 6:20-49). El amor perfecto era ahora el nuevo estándar de conducta (Mateo 5:48), y este amor debía automanifestarse en obediencia a Cristo Juan 14:21,23) y expresado en devoción a aquellos por quienes Él murió para salvar (Mateo 25:31-36). Este amor tenía una cruz- la negación personal voluntaria a favor de otros (Marcos 8:34-38; 10:32-45; Mateo 16:24-26; 20:17-28; Lucas 9:23-25; Juan 12:25,26; 13:1-20).

Considerando el costo

Lucas 9:62- Jesús no tenía el tiempo ni deseo de gastarse en aquellos que querían imponer sus propios términos en el discipulado (Lucas 14:28); (Lucas 14:33; ver Marcos 10:21; Mateo 19:21; Lucas 18:22).

Obedecer es aprender

Esto no significa que los discípulos entendieron rápidamente todo lo que el Señor dijo. En lo absoluto. Jesús pacientemente soportó estas fallas humanas de sus discípulos escogidos, pues a pesar de sus defectos estaban dispuestos a seguirle. Ellos no habían comprendido el propósito para sus vidas en el liderazgo. Con tales hombres Jesús estaba dispuesto a soportar muchas de las cosas que procedían de su inmadurez espiritual. Él sabía que podían dominar estos defectos al crecer en gracia y conocimiento. La obediencia a Cristo, de este modo, era el medio por el cual aquellos en su compañía aprendían más verdades. Jesús no insistió a sus discípulos a dedicar sus vidas a una doctrina, sino más bien a una Persona que era la doctrina, y sólo a ellos continuar en su Palabra podrían conocer la verdad (Juan 8:31,32).

La prueba de amor

La obediencia suprema era interpretada como la expresión del amor. (Juan 14:15, 21,23,24; 15:10,12).

Demostrado por Jesús

La absoluta obediencia a la voluntad de Dios, por supuesto, fue el principio que controló la propia vida del Maestro. “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34); “No busco mi voluntad, sino la voluntad de que me envió” (Juan 5:30; ver 6:38). En Getsemaní, Jesús dijo “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42; ver Marcos 14:36; Mateo 26:39,42, 44). La cruz fue el clímax de la dedicación de Jesús de hacer la voluntad de Dios. Esto requería obediencia absoluta a la

voluntad del Maestro, y significaba abandono completo de sí mismo. No hay lugar en el reino para los perezosos, pues tal actitud no sólo imposibilita todo crecimiento en la gracia y el conocimiento, sino que también destruye toda utilidad en el campo de batalla mundial del evangelismo. Es tiempo que los requisitos para la membresía en la iglesia sean interpretados y puestos en vigor, en términos de un verdadero discipulado cristiano.

Capítulo 4

Impartición

“Recibid el Espíritu Santo” (Juan 20:22)

Él se dio a sí mismo

Al recibir su Espíritu ellos conocerían el amor de Dios por el mundo perdido. La suya fue una vida de dar y dar a otros lo que el Padre le había dado a Él (Juan 15:15; 17:4, 8, 14). Él les dio su paz. Les dio las llaves del reino contra el cual los poderes del infierno no prevalecerían (Mateo 16:19; ver Lucas 12:32). Les dio su propia gloria. Él dio todo lo que tenía- no retuvo nada- ni aun su propia vida. (Juan 3:16) El significado es que Dios dio todo lo que tenía a los que amaba, aun “su hijo unigénito”. Y para el Hijo, al encarnar ese amor, significó renunciar a su propio derecho a vivir y dar su vida por el mundo. Sólo a la luz de esto- cuando el Hijo es puesto en lugar del mundo- puede uno siquiera comenzar a comprender la cruz.

La obligación del evangelismo

Él no perdió ni una oportunidad para imprimir en sus seguidores, la pasión obligatoria de su propia alma ardiendo con el amor de Dios por el mundo perdido. Todo lo que Él hizo y dijo fue motivado por esta pasión consumidora. Ellos vieron como su Maestro se negó a sí mismo muchas de las comodidades y placeres del mundo, y se hizo un siervo entre ellos. Ellos vieron cómo las cosas que eran máspreciadas para ellos- la satisfacción física, la aclamación popular, el prestigio- todas fueron rechazadas por Él; mientras que las cosas que ellos buscaron evitar- pobreza, humillación, dolor y aun muerte- Él las aceptó voluntariamente por causa de ellos. Al verle ministrar a los enfermos, confortar al dolido y predicar el evangelio a los pobres, era claro que el Maestro no consideraba ningún servicio muy pequeño, ni ningún sacrificio muy grande cuando era hecho para la gloria de Dios.

Su santificación

La renovación constante de su propia consagración a Dios a través de su servicio de amor hacia otros, constituyó la santificación de Jesús (Juan 17:18,19). Su santificación fue en el área de la dedicación a la tarea para la cual había sido enviado al mundo, y en dedicación a ese propósito de evangelización, dio su vida continuamente “por ellos”. Su santificación, entonces, no fue para su propio beneficio sino para el de sus discípulos, para que ellos fueran “santificados en la verdad.”

La obra del Espíritu Santo

Jesús hizo entender bastante claro que su vida fue dirigida sólo por el poder del Espíritu Santo (Juan 6:63). La naturaleza humana corrompida debe ser regenerada por el Espíritu de Dios, antes de poder ser conformada a su verdadero propósito de existir en la imagen divina. El Espíritu el que sostiene y alimenta la vida transformada de un discípulo en gracia y conocimiento (Juan 4:14; 7:38,39). Mediante el mismo Espíritu uno es limpiado a través de la Palabra, y apartado para Dios para su servicio santo (Juan 15:3; 17:17; ver Efesios 5:26). Es sólo el Espíritu de Dios el que capacita a la persona para llevar acabo la misión redentora de la evangelización. Jesús les habló del Espíritu como “otro Consolador”, un Abogado, uno que estaría a su lado, una persona que tomaría exactamente el mismo lugar con ellos, en la esfera invisible de la realidad que Jesús había llenado en la experiencia visible de la carne (Juan 14:16). De la misma manera como Él le había ministrado a ellos por tres años, ahora el Espíritu los guiará a toda verdad (Juan 16:13). Él los mostraría las cosas que habían de venir (Juan 14:16). Les ayudaría a orar (Juan 14:12 ,13 ; 16:23,24). En resumen, Él glorificaría al Hijo tomando las cosas de Cristo y haciéndolas reales para sus seguidores (Juan 16:14,15). Era mejor para Jesús, habiendo terminado su obra, regresar al Padre y enviar el bendito Consolador para que viniera y tomara su lugar (Juan 16:7).

El secreto de la vida victoriosa

La evangelización debía llegar a ser una compulsión interna, purificando sus deseos y guiando sus pensamientos. Los discípulos mediante la confesión de su orgullo y enemistad arraigados en completa rendición a Cristo, debían venir por fe a una nueva y purificadora experiencia de la llenura del Espíritu.

Una verdad escondida a los no creyentes

Jesús reservó a propósito para sus pocos discípulos escogidos, y particularmente los Doce, sus cosas más reveladoras (Lucas 10:22; Mateo 11:27; ver 16:17). Jesús estaba invirtiendo deliberadamente todo lo que tenía en estos pocos hombres, para que pudieran ser preparados apropiadamente para esta obra. Todo el asunto gira alrededor de la persona del Maestro. Su método era su vida.

Capítulo 5 Demostración

“Porque ejemplo os he dado” (Juan 13:15)

Él los mostró cómo vivir

Jesús puso cuidado en que sus discípulos aprendieran su manera de vivir para Dios y los hombres. Él reconoció que no era suficiente con tan sólo traer a las personas a una comunión espiritual con Él. Sus discípulos necesitaban saber cómo mantener y compartir su experiencia con Él.

La práctica de la oración

Podemos estar seguros que no era por accidente que Jesús con frecuencia dejaba que sus discípulos lo vieran orando al Padre. Ellos podían ver la fortaleza que esto daba a la vida. Ellos seguramente entendieron que esto era parte del secreto de su vida. Les explicó algunos de los principios básicos de la oración, y luego antes de terminar les ilustró lo que quería

decir pronunciando delante de ellos una oración modelo (Lucas 11:1-4; Mateo 6:9-13). Él enfatizó vez tras vez la vida de oración. A menos que ellos entendieron bien el significado de la oración, y aprendieran a practicarlo consistentemente, no se lograrían muchos resultados en sus vidas.

Usando las Escrituras

Otro aspecto de la vida de Jesús que fue vivamente comunicando a los discípulos fue la importancia y el uso de las Sagradas Escrituras. Esto era evidente en su vida devocional personal y al ganar a otros para el Camino. En total hay por lo menos sesenta y seis referencias al Antiguo Testamento en sus diálogos con los discípulos en los cuatro Evangelios, sin mencionar sus más de noventa referencias sobre la Palabra, al hablar con otros. La habilidad de Jesús de citar tan fácilmente pasajes del Antiguo Testamento debió haber impresionado a los discípulos con la necesidad de memorizar las Escrituras, y dejarlas ser la autoridad. Las escrituras junto con su propia palabra, llegó a ser la base objetiva de su fe en Cristo.

Ganando almas como prioridad

Todo lo que Jesús dijo e hizo, tuvo algo que ver con la obra de evangelización. Él no tuvo que crear oportunidades para enseñar, sino que tomó ventaja de las oportunidades naturales.

Enseñando naturalmente

Jesús era un Maestro tal, que no dejaba su método oscureciera su enseñanza. Él era su propio método. Todo lo que los discípulos tuvieron para enseñarles fue un Maestro que practicaba con ellos lo que esperaba que aprendieran. El evangelismo fue llevado a la vida delante de ellos en espíritu.

Sesiones continuas de enseñanza

Los discípulos estuvieron allí siempre para observar sus hechos y sus palabras. Él pasó tres veces más tiempo explicando la historia a los discípulos de lo que pasó dando la lección a la multitud originalmente (Mateo 13:10-23;)

El principio aplicado hoy

Debemos estar preparados para hacer que ellos nos sigan, de la misma manera como nosotros seguimos a Cristo (I Corintios 11:1). Somos el ejemplo (Filipenses 3:17; I Tesalonicenses 2:7, 8; 2 Timoteo 1:13). Ellos harán lo que oyen y ven en nosotros (Filipenses 4:9). De tener tiempo disponible, es posible impartir nuestro estilo de vida a aquellos que constantemente están con nosotros, por medio de este estilo de liderazgo. Esto nos hace vulnerables, por supuesto. No somos perfectos como nuestro Señor, y aquellos antes quienes abrimos nuestras vidas verán nuestras imperfecciones. Pero dejemos que vean también un deseo de confesar nuestros pecados. Dejemos que nos escuchen pedir perdón a los que hemos ofendido. Nuestras debilidades no necesitan estorbar el discipulado, cuando a través del mismo brilla una sinceridad transparente de seguir a Cristo. El conocimiento por sí solo no es suficiente. Es necesario la acción. El conocimiento no aplicado a la vida puede llegar a ser una piedra de tropiezo para aprender aun más.

Capítulo 6

Delegación

“Os haré pescadores de hombres” (Mateo 4:19)

Él les asignó trabajo

Jesús estaba constantemente edificando su ministerio para el momento en que sus discípulos se encargarían de su obra, e irían al mundo con el evangelio de la redención. Él nunca insistió prematuramente en que ellos hicieran algo. En la primera invitación hecha a los discípulos para que lo siguieran no se mencionó nada sobre ir y evangelizar el mundo. Su método era el llevar a sus discípulos a una experiencia vital con Dios. Él usó a sus discípulos de otras maneras para ayudar en su obra, tales como cuidar de las necesidades prácticas de buscar comida y arreglar alojamiento para el grupo que le seguía. Él también los dejó bautizar a algunos que respondieron a su mensaje (Juan 4:2). Los primeros discípulos realmente no hacían mucho más aparte de mirar a Jesús hacer su trabajo por un año o más. Él les recordó que al seguirle ellos serían pescadores de hombres (Marcos 1:17; Mateo 4:19; Lucas 5:10). El tiempo había llegado en que sus discípulos podían ayudarle más directamente en la obra. Ahora necesitaban poner en práctica lo que habían visto a su Maestro hacer.

Órdenes e instrucciones

Jesús les dio algunas órdenes e instrucciones en cuanto a su misión. Él reafirmó primero su propósito para sus vidas. Ellos deberían ir y “predicar el reino de Dios, y sanar a los enfermos” (Lucas 9:1,2; ver Mateo 10:1; Marcos 6:7). Él prosiguió a decirles a quienes ir primero. “Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritano no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la causa de Israel” (Mateo 10:5,6). Era como si Jesús le estuviera diciendo a sus discípulos que fueran donde hallarían la audiencia más susceptible a escuchar el mensaje. En cuanto a su apoyo, ellos debían confiar en Dios para proveer para sus

necesidades. Se les pidió que prestaren sus servicios gratis, recordando que ellos también habían recibido gratuitamente del Señor (Mateo 10:8). Al ellos ser fieles a Dios, Él se encargaría de que sus necesidades fuesen provistas (Mateo 10:10).

Sigue su método

(Mateo 10:11; ver Marcos 6:10) A los discípulos se les dijo que concentraran su tiempo a los individuos más prometedores en cada pueblo quienes pudiera continuar su obra luego de ellos partir. Este principio de establecer una cabeza de playa en un nuevo lugar de trabajo, al establecer relación con un posible líder clave para el seguimiento no debe ser minimizado. Jesús lo había practicado con sus discípulos, y esperaba que ellos hicieran lo mismo. Todo su plan de evangelización dependía de esto, y aquellos lugares que negaron la oportunidad a los discípulos de practicar este principio, trajeron juicio sobre sí mismos.

Espera adversidades

Ellos serían odiados por todos los hombres (Mateo 10:22,23). Dios nunca los dejaría. Y aunque su testimonio podía poner en peligro sus vidas, el Espíritu Santo los capacitaría para enfrentar cada situación (Mateo 10:20,21). Jesús les aseguró que cualquiera que le confesara delante de los hombres sería recordado delante de su Padre en el cielo (Mateo 10:32). El mundo no recibirá a los discípulos con gracia cuando ellos predicaran fielmente el evangelio.

Un evangelio que divide

Mateo 10:34-38 Ellos irían adelante con un evangelio revolucionario, y cuando era obedecido, el mismo evangelio efectuaba un cambio revolucionario en la gente y en la sociedad en que vivían.

Unidos con Cristo

El mensaje principal de Jesús en todas estas instrucciones era, que la misión de los discípulos no era diferente en principio o método a la suya. Él comenzó dándoles su propia autoridad y poder para hacer su obra (Marcos 6:7; Mateo 10:1; Lucas 9:1). Los discípulos serían los representantes de Cristo al ir. Tan clara era esta asociación que si alguien les daba un vaso de agua tan sólo porque eran discípulos, tal acto de misericordia sería recompensado (Mateo 10:42).

De dos en dos

Estas fueron las instrucciones que Jesús dio a sus discípulos. Pero antes de que se marcharan, Él los organizó en grupos de dos (Marcos 6:7). Este plan tenía la intención de proveer para la necesidad de compañerismo de los discípulos en el camino. El pequeño grupo de discípulos fue finalmente iniciado en el ministerio activo de Cristo, y esta vez fueron solos.

La misión de los setenta

Pocos meses después de esto “otros setenta” fueron envidados de dos en dos otra vez, para testificar de su Señor (Lucas 10:1). No se sabe con seguridad quiénes eran estos otros discípulos, pero todo parece indicar que los Doce estaban incluidos. El tamaño del grupo indica también un incremento en la actividad de los Doce al testificar de Cristo. Ellos debían practicar lo que habían aprendido sobre la estrategia de evangelismo del Maestro.

Mandamientos después de la resurrección

El principio de asignar trabajo evangelístico a sus discípulos, fue demostrado de manera concluyente antes de Jesús regresar al cielo, luego de su crucifixión y resurrección. Por lo menos en cuatro ocasiones en que se reunió con sus discípulos, Él les ordenó ir y hacer su obra (Lucas 24:38-40; 24:41-43). Juan 20:21 Mientras desayunaba con sus

discípulos junto al lago de Tiberias, le dijo a Pedro tres veces que apacentara sus ovejas (Juan 21:15-17). Esta amonestación significaba para el pescador la prueba de su amor hacia el Maestro. Sobre una montaña en Galilea, Él dio su Gran Comisión, no sólo a los once discípulos (Mateo 28:16), sino a toda la iglesia compuesta entonces de unos quinientos hermanos (I Corintios 15:6). Fue una proclamación clara de su estrategia para conquistar el mundo (Mateo 28:18-20; ver Marcos 16:15-18) (Lucas 24:44-47) (Hechos 1:8; ver Lucas 24:48-49).

El principio es claro

Es claro que Jesús no dejó la obra de evangelismo sujeta a la impresión o conveniencia humana. Para sus discípulos era un mandato específico, percibido por el impulso al principio de su discipulado, pero aclarado progresivamente en sus mentes al seguir a Jesús. Los discípulos cristianos, hombres y mujeres, son enviados- enviados para la misma tarea de evangelización mundial a la cual el Señor fue enviado, y por lo cual dio su vida. La evangelización no es un accesorio opcional para nuestras vidas. Es la comisión de la iglesia la cual da significado a todo lo que se emprende en el nombre de Cristo. Enfocados claramente en este propósito, todo lo que se hace y dice es un glorioso cumplimiento del propósito redentor de Dios.

El principio aplicado hoy

Pero no es suficiente con hacer de esto un ideal. Debe dársele expresión tangible mediante aquellos que siguen al Salvador. La mejor manera de estar seguros de que se ha de hacer, es asignando tareas prácticas y llevándolas a cabo. Esto pone la gente en movimiento. Cuando la iglesia tome esta lección en serio, y se ponga a trabajar verdaderamente en la evangelización, los que están en las bancas comenzarán a movilizarse pronto en el nombre de Dios. La tarea dada por Jesús a sus seguidores no significaba que ya habían terminado en entrenamiento en su escuela. Tenían aun

mucho más que aprender antes de poder ser considerados listo para graduarse, y hasta entonces Él no los dejaría fuera del alcance de su instrucción personal.

Capítulo 7

Supervisión

“¿No entendéis? (Marcos 8:17)”

Él los supervisó

Jesús le dio importancia a reunirse con sus discípulos luego de sus giras de servicio, para escuchar sus informes y compartir con ellos las bendiciones de su ministerio. Su enseñanza se alternaba entre la instrucción y la asignación. Sus preguntas, ilustraciones, advertencias, y amonestaciones fueron planeadas para traer a colación lo que ellos necesitaban saber para poder cumplir con su labor, que era la evangelización del mundo (Marcos 6:30; Lucas 9:10). Después que los discípulos fueron enviados a trabajar debían compartir sus experiencias con el grupo. Después que los setenta fueron enviados, Jesús los convocó para que informaran sobre su trabajo (Lucas 10:17).

Continuo repaso y aplicación

Al repasar algunas de las experiencias de los discípulos, Él hacía aplicaciones prácticas de ellas a sus vidas.

Lecciones sobre la paciencia

Una de las lecciones correctas más penetrantes del Señor luego de una actividad de los discípulos, fue en relación con su actitud hacia otros en la obra que no era miembros de la compañía apostólica. Parece ser que en el transcurso de sus viajes se habían encontrado con algunos echando fuera demonios en el nombre de Jesús, pero siendo que éstos no eran de su “denominación”, los discípulos los reprendieron severamente por ello (Marcos 9:38; Lucas 9:49). Cuando esto fue dicho al Maestro éste se sintió obligado a darles un discurso sobre el peligro de desanimar cualquier obra sincera que se lleve en su nombre (Marcos 9:39-50; Mateo 18:6-14; Lucas 9:50-56).

El principio observado

Se podrían citar muchas ilustraciones para demostrar cómo Jesús supervisó las acciones y reacciones de sus discípulos al enfrentar diversas situaciones difíciles. Él se mantuvo cerca de ellos constantemente, dándoles más atención a medida de su ministerio terrenal llegaba a su fin. Él no los dejaría descansar en el éxito ni tampoco en el fracaso. Siempre había más que hacer y aprender. Él se recogió en el éxito de ellos, pero su meta era la conquista del mundo y nada menos que esto, y siempre supervisaba sus esfuerzos hacia ese fin. Jesús dejaba que sus seguidores adquirieran experiencia o que hicieran algún comentario propio, y luego usaba esto como punto de partida para enseñar una lección de discipulado. Sus encuentros con situaciones de la vida real permitieron a Jesús dirigir su enseñanza a necesidades específicas, y a expresarla en términos prácticos. Siempre apreciamos mejor una educación, luego de tener la oportunidad de aplicar lo que hemos aprendido. Lo importante de esta obra de supervisión de Jesús era que mantuvo a los discípulos avanzando hacia la meta que había establecido para ellos. Él no esperó de sus discípulos más de lo que podían hacer, pero Él no si esperó lo mejor de ellos, y esperó que mejoraran siempre al crecer en la gracia y conocimiento. Su plan de enseñar mediante el ejemplo, la asignación de proyectos prácticos, y la constante supervisión, fue todo planeado con el propósito de resaltar lo mejor en ellos.

El principio aplicado hoy

Hoy en día se necesita de igual paciencia y determinación entre los que desean entrenar a otros para la evangelización. No nos atrevemos a asumir que la obra será hecha, simplemente porque he hemos mostrado a un obrero de buena voluntad cómo hacerlo y luego lo enviamos con altas expectativas de resultados irreales. Es pues crucial que los que se involucran en la obra de la evangelización mundial, tengan una supervisión y guía personal, hasta que sean lo

suficientemente maduros para seguir solos. Debemos también recordar siempre que la meta es la conquista del mundo. No debemos permitir que ninguna preocupación menor nos aparte de nuestra estrategia. La habilidad potencial que hay en el obrero no es desarrollada, y en poco tiempo un líder prometedor fracasa por falta de supervisión. El éxito se pierde a las puertas de la victoria. ¿Cuándo aprenderemos la lección de Cristo, de no sentirnos satisfechos sólo con los primeros frutos adquiridos por aquellos que son enviados como testigos? Los discípulos deben ser llevados a la madurez. No puede haber sustituto para la victoria total, y nuestro campo es el mundo. No hemos sido llamados para luchar a la defensiva mientras protegemos el fuerte, sino para tomar la iniciativa en el ataque. Es a la luz de esto que el paso final en la estrategia de Jesús puede ser entendido.

Capítulo 8

Reproducción

“Para que vayáis y llevéis fruto” (Juan 15:16)

Él esperaba que se reprodujeran

Jesús tenía la intención de que sus discípulos produjeran su semejanza en y a través de la iglesia alrededor del mundo. Su ministerio en el Espíritu se duplicaría muchas veces por medio de su ministerio en las vidas de sus discípulos. A través de ellos y otros como ellos, el evangelio continuaría expandiéndose en una siempre creciente circunferencia, hasta que las multitudes pudieran conocer de manera similar la oportunidad que ellos habían tenido con el Maestro. Mediante esta estrategia la conquista del mundo era sólo cuestión de tiempo, y de su fidelidad a su plan. Jesús había edificado en sus discípulos la estructura de una iglesia que desafiaría y triunfaría sobre todos los poderes de la muerte y el infierno. Había empezado en pequeño como el grano de mostaza, pero crecería en tamaño y fuerza hasta llegar a ser un árbol (Mateo 13:32; ver Marcos 4:32; Lucas 13:18,19). Jesús no esperaba que todo el mundo fuera salvo (Él reconocía en realidad la rebelión del hombre a pesar de la gracia), pero Él pudo ver de antemano el día en que el evangelio de salvación en su nombre sería proclamado convincentemente a toda criatura. No iba a ser una conquista fácil. Muchos sufrirían persecución y martirio en la batalla. Pero sin importar cuán grandes las pruebas por las cuales su pueblo pasaría, y cuántas batallas se perdieran en la guerra, la victoria final era cierta. Su iglesia ganaría al final. Nada podría prevalecer permanentemente contra ella (Mateo 16:18).

El principio observado

Todo se vuelve a concentrar de nuevo en los discípulos (Juan 17:21,23). Toda su estrategia evangelística- de hecho, el cumplimiento de su propósito en venir al mundo, morir en la cruz, y resucitar de entre los muertos, dependía de la

fidelidad de sus discípulos escogidos a esta tarea. No importaba cuán pequeño era el grupo al comenzar, con tal que se reprodujeran y enseñasen a sus discípulos a reproducirse. Esta era la manera en que su iglesia ganaría a través de las vidas dedicadas de aquellos que conocían al Salvador tan bien, que su Espíritu y método los impulsaba a contarle a otros. Por siempre que parezca ésta era la manera en que el evangelio conquistaría. Él no tenía otro plan.

La prueba de su ministerio

Esta era la prueba de fuego. Jesús no podía estar seguro de que su inversión en sus vidas pagaría dividendos para el Reino. Si los discípulos fallaban en impartir de Su Espíritu y método a otros quienes continuarían con esta obra, entonces su ministerio con ellos todos esos años fracasaría rápidamente. Una ilustración de esto fue la parábola de la vida y los pámpanos (Juan 15:1-17). En una de las más simples pero profundas analogías del Señor, Cristo explicó que el propósito de la vida (Él mismo) y los pámpanos (los creyentes en Él) era llevar fruto. De allí que todo pámpano que no produjera fruto sería cortado por el labrador- era inútil. Más aun, los pámpanos que produjeran serían podados por el labrador para que llevaran más fruto (Juan 15:2). Era claro que el poder vivificador de la vida no se derrocharía en pámpanos sin vida. Cualquier pámpano que estuviera en la vida debía producir para sobrevivir, pues ese era su propósito de ser. Jesús hizo entonces la aplicación a sus discípulos. Tan cierto como que ellos eran participantes de su vida, por esta misma relación ellos producirían Su fruto (Juan 15:5,8), y además, su fruto permanecería (Juan 15:16). Un cristiano sin fruto es una contradicción. Un árbol se conoce por sus frutos. El de reproducir la vida de Cristo en la personalidad humana, primero en nosotros mismos y luego en otros, prácticamente todo lo que Maestro dijo e hizo apuntaba hacia este principio.

La Gran Comisión

La Gran Comisión de Cristo dada a su iglesia lo resume en el mandamiento de "hacer discípulos a todas las naciones" (Mateo 28:19). La palabra aquí indica que los discípulos debían ir al mundo y ganar a otros que vendrían a ser lo que ellos mismos eran- discípulos de Cristo. Esta misión es enfatizada aun más al estudiar el pasaje en el texto griego, y ver que las palabras *id*, *bautizándo*les y *enseñándo*les son todas participios que obtienen su fuerza del verbo controlador "hacer discípulos". Esto significa que la Gran Comisión no es simplemente el ir a los fines de la tierra predicando el evangelio (Marcos 16:15), o bautizar muchos convertidos en el nombre del trino Dios, ni el enseñarles los preceptos de Cristo, sino "hacer discípulos"- edificar gente como ellos mismos que fueron tan constreñidos por la comisión de Cristo, que no sólo siguieron sino que también guiaron a otros a seguir este camino. Sólo en la medida en que se producían más discípulos, podían las otras actividades de la comisión cumplir su propósito.

Orar por obreros

El énfasis radicaba en el liderazgo. Las masas estaban listas para la cosecha, ¿pero sin pastores espirituales que las guiasen, cómo serían ganados? "Rogad, pues, al Señor de las mies", les recordó Jesús a sus discípulos, para "que envíe obreros a su mies" (Mateo 9:37-38; Lucas 10:2). Estas palabras casi tienen un tono de desesperación- una desesperación producida por la gran necesidad que tenía el mundo de tener obreros con ellos que se preocuparan por sus almas. El mundo está perdido y cegado por el pecado. La única esperanza para el mundo es que los obreros vayan a ellos con el evangelio de salvación, y al ganarlos para el Salvador, no dejarlos, sino trabajar con ellos fielmente, pacientemente, aunque sea doloroso, hasta que lleguen a ser cristianos fructíferos, dándole sabor al mundo a su alrededor con el amor del Redentor.

El principio aplicado a nuestras vidas

Es aquí donde finalmente debemos evaluar la contribución que nuestras vidas y testimonio hace al propósito supremo del Salvador del mundo. Los que nos han seguido en pos de Cristo ¿están guiando a otros hacia Él, y enseñándoles a hacer discípulos como nosotros? Lo que realmente cuenta al final para que nuestro trabajo continúe, es la fidelidad con la cual nuestros convertidos hacen líderes de sus convertidos y no simplemente otro seguidor más. Ciertamente queremos ganar a nuestra generación para Cristo. Nuestra obra nunca está completa hasta que se haya asegurado su continuación en la vida de los que han sido redimidos por el evangelio. La prueba de cualquier obra de evangelización no es lo que se ve al momento, o en los informes en las conferencias, sino en la efectividad con la cuál la obra continúa en la próxima generación. El criterio por el cual una iglesia debe medir su éxito no es cuántos nombres son añadidos al registro, ni cuánto se incrementa el presupuesto, sino cuantos cristianos están activamente ganando almas y entrenándolas para ganar a las multitudes. La extensión final de nuestro testimonio es lo que cuenta, y por esta razón los valores pueden ser medidos solamente en la eternidad. Considera lo que significaría para el futuro de la iglesia si tuviéramos tan sólo un verdadero discípulo como fruto de nuestra labor. ¿No doblaría esto inmediatamente nuestra influencia? Y supongamos que producimos otro discípulo como nosotros mismos, con el mismo éxito como el primero. ¿No multiplicaría esto nuestra vida por cuatro?

Probando por la iglesia

Debemos estar agradecidos de que esto fue hecho así en los primeros discípulos. Ellos dieron el evangelio a las multitudes, pero a su vez estaban edificando la comunión de los que ya habían creído. A medida que el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos, los apóstoles, como su Maestro, desarrollaban hombres con el fin de reproducir su ministerio hasta los fines de la tierra. La iglesia primitiva probó que el plan del Maestro para la conquista del mundo funciona. Tan grande era el impacto de su testimonio,